

El Porqué de nuestra alegría

La fuente de nuestra alegría es más bien secreta y misteriosa. No viene, desde luego, de este mundo. El cristiano se goza más en el servicio que en el poder, más en la austeridad que en el confort, más en el anonimato que en el éxito.

No es una alegría que tenga relación directa con el placer o la comodidad o la fortuna. Tampoco es cuestión de temperamento o de receta psicológica o de terapia vitalista. Está es las antípodas de la diversión prefabricada o del fármaco hedonista o de las euforias del alcohol.

***La alegría cristiana viene del Señor.
Es un don o fruto del Espíritu***

El cristiano se alegra:

1. Porque se siente inmensamente amado.
2. Porque ha dado sentido a su vida, que no es otro que el amor.
3. Porque nunca se siente solo. Vive siempre el gozo de la comunión, tanto hacia dentro íntima comunión divina como hacia fuera gozosa comunión con los hermanos.
4. Porque ya no teme nada. Sabe que está en buenas manos, y se siente enteramente y constantemente protegido.
5. Porque asegura el cumplimiento de su esperanza. Sabe de quién se fía.
6. Porque se siente salvado. Posee ya las arras del Espíritu.
7. Porque convierte su trabajo en vocación.
8. Porque puede iluminar sus realidades oscuras, como el sufrimiento, la limitación y el fracaso. Todo lo relativiza, con gran sentido del humor.
9. Porque está seguro que nada, ni sus pecados, la apartaran del Absoluto.
10. Porque gracias a Cristo, incluso la muerte se le convierte en Pascua. Es por eso el hombre de la mayor esperanza.

ORACIÓN MENSUAL

El lunes, 23 de enero, a las 20,30 h. tenemos la oración correspondiente a este mes.

Comunidad en Camino

3º T. Ordinario
Ciclo "B"

PP. DOMINICOS - MADRID

22 de ENERO
2012

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 <http://www.parroquiadeatocha.es>



**“Venid conmigo y
os haré
pescadores de
hombres.
Inmediatamente
dejaron las redes
y le siguieron”**



3º T. Ordinario (22 de Enero 2012)

Hoy comienza a leerse el evangelio de Marcos; y que lo mantendrá la liturgia, durante el Tiempo Ordinario, como lectura del evangelio de cada Domingo.

Marcos nos presenta el evangelio más primitivo, el más cercano a la muerte y Resurrección de Jesús (antes del año 70); y recoge la catequesis de San Pedro a los cristianos de Roma.

Inicia su Evangelio con estas palabras: *“comienzo de la buena noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios”*. Inmediatamente nos narra, brevemente, la predicación del Bautista en el desierto, el bautismo de Jesús, las tentaciones de Jesús en el desierto. Y en el versículo catorce nos presenta el inicio de la predicación de Jesús: *Después de que Juan fue encarcelado, Jesús fue a galilea a predicar la buena noticia de Dios. Decía: 'Se ha cumplido el tiempo. El Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el evangelio'.*

Para entrar, o formar parte del reino de Dios, nos pone dos condiciones: conversión y fe. La una lleva a la otra. Así lo hemos escuchado en la primera lectura del profeta Jonás. Es enviado por Dios a castigar los pecados de los ninivitas; pero ellos creen en las palabras de Jonás, (fe); *“Creyeron en Dios los ninivitas; proclamaron el ayuno y se vistieron de saco...”*, (arrepentimiento).

Pero San Pablo nos insta a no demorar nuestra conversión, (segunda lectura), cuando dice a los cristianos de Corintio: *“el momento es apremiante...porque la representación de este mundo se termina”*. Hay cosas que no se pueden retrasar hasta el último momento; sobre todo las cosas importantes. La conversión, en el cristiano, debe ser una actitud permanente.

Jonás 3, 1-5.10
1ªCorintios 7, 29-31
Marcos 1, 14-20

Envejecer no es una desgracia. Nuestra vida tiene su ritmo y no lo podemos alterar. La verdadera sabiduría consiste en saber aceptarlo sin amargura ni enojos infantiles tal como Dios lo ha querido para cada uno de nosotros. Saber caminar en paz, al ritmo de cada edad, disfrutando del encanto y las posibilidades que nos ofrece cada día que vivimos.

Sin duda, la vejez trae consigo limitaciones inevitables. Nuestro cuerpo no nos responde como quisiéramos. Nuestra mente no es tan lúcida como en otros tiempos. El contacto con el mundo que nos rodea puede hacerse más difícil. Pero nuestro mundo interior puede crecer y ensancharse. Cuando han terminado ya otras preocupaciones y trabajos que nos han tenido tantos años lejos de nosotros mismos, puede ser el momento de encontrarnos por fin con nosotros y con Dios.

Es el momento de dedicarnos a lo realmente importante. Tenemos tiempo para disfrutar de cada cosa por pequeña que nos parezca. Podemos vivir más despacio. Descansar. Hacer balance de las experiencias acumuladas a lo largo de los años. Tal vez, sólo el anciano puede vivir con verdadera sabiduría, con sensatez y hasta con humor. Él sabe mejor que nadie cómo funciona la vida, cuánta importancia le damos a las cosas que apenas la tienen. Sus años le permiten mirarlo todo con más realismo, con más comprensión y ternura.

Lo importante es no perder la energía interior. Cuando nos quedamos vacíos por dentro, es fácil caer en la amargura, el aburrimiento, el desequilibrio emocional y mental.

Por eso, cuánto bien puede hacerle a la persona avanzada en años el pararse a rezar despacio y sin prisas, con una confianza total en ese Dios que mira nuestra vida y nuestras debilidades con amor y comprensión. Ese Dios que comprende nuestra soledad y nuestras penas. El Dios que nos espera con los brazos abiertos.